

Gerhart
Hauptmann



Emanuel Quint

Emanuel Quint, escrita en 1890, es una novela en la que el autor reúne varios motivos recurrentes, como lo son el ambiente silesio, la crítica de la sociedad burguesa, la ingrata vida de los humildes y la nostalgia de un renacimiento de la caridad y la esperanza cristianas. Una novela que toma como punto de partida la propia vida de Jesucristo. Vida maravillosa que repite la religiosidad del joven hijo de un carpintero saqueado por la fe. Emanuel es seguido por unos remedos de discípulos fanáticos, y es reñido, reverenciado, deshonrado y, por último, encarcelado, transformándose en un mártir de una época forjada a espaldas de Dios. Por fin, Emanuel renuncia a su misión y muere solitario en las montañas. Esta novela es sumamente importante y, a la vez, contradictoria, que termina por reflejar el conflicto personal de Gerhart Hauptmann, de hecho, es el conflicto de todo un momento en la historia de Alemania: la oposición entre el intelectualismo positivista y el anhelo religioso.

Capítulo primero

La mañana de un domingo del mes de mayo, Emanuel Quint se levantó de su jergón, en el suelo de la pequeña cabaña que el padre, con muy poco derecho por cierto, decía que era suya. Se lavó con agua clara de la montaña en el pilón de piedra que había fuera, abriendo las manos bajo el chorro de un canalón de madera vieja y llena de musgo.

Quint había pasado la noche durmiendo muy poco, y ahora, sin despertar a los suyos y sin comer un bocado, salió andando camino de Reichenbach. Una anciana que iba por un sendero opuesto se detuvo al verlo desde lejos, pues Emanuel Quint caminaba balanceándose a grandes zancadas y con un porte bastante impropio por lo presuntuoso, en contraste con sus pies descalzos, la cabeza descubierta y la pobreza de sus ropas.

Quint se quedó en el campo, lejos de la gente, hasta cerca de las once. Luego pasó el estrecho puente de tablas que cruzaba el arroyo y se dirigió a la pequeña plaza del mercado, muy concurrida en aquellos momentos, pues entonces salían los fieles de la iglesia protestante. El infeliz se subió a una piedra, agarrándose con la mano izquierda a un farol y llamando la atención de la gente con esta actitud y con ayuda de ademanes; sorprendidos unos y divertidos otros, y algunos por curiosidad se le acercaron, menos los que se quedaron mirándole desde lejos; entonces empezó a gritar:

—Vosotros, hombres, hermanos queridos, y vosotras, mujeres, hermanas queridas, haced penitencia, porque el

reino de los cielos está cerca.

Estas y otras muchas palabras que siguieron demostraron en seguida que se trataba de un loco o casi, con una locura desconocida desde hacía muchos años en aquella vasta comarca. La buena gente se quedó atónita, pero como el iluso andrajoso no cesaba de gritar y sus increpaciones llegaban cada vez con más fuerza a todos los extremos de la plaza, muchos se indignaron ante la insolencia del vagabundo que discurseaba sobre las cosas más sagradas y corrieron a denunciarle al Ayuntamiento.

Cuando aparecieron en la plaza del mercado el jefe de los municipales y dos guindillas, el alboroto era increíble; los mozos de las fondas habían salido, los conductores de las diligencias gritaban desaforadamente y señalaban con el látigo al gentío que aumentaba por momentos y al que Quint dirigía su prédica desde la piedra a la que se había encaramado.

Los rapaces se hacían señas por medio de silbidos, a la vez que el griterío y las carcajadas ahogaban la voz del extraño predicador, que seguía hablando en un tono apasionado y tajante.

Quint sacó a colación al profeta Isaías y habló con voz tonante contra los ricos y los déspotas, «que atropellan a los pobres y a los humildes»; les amenazó asegurándoles que Dios reducirá a la impotencia a los opresores, y, finalmente, con voz conmovida y patética, les exhortó a todos para que hiciesen penitencia. En aquel preciso instante, la mano del municipal Krautvetter, un sujeto de seis pies de altura, le sujetó por el cogote y lo bajó de su pedestal entre las burlas y las carcajadas de los que le rodeaban, y lo sacó de la plaza.

El jefe de los municipales, hombre noble y abogado que no ejercía, había invitado a su mesa a un párroco protestante de las cercanías. Cuando se disponían a comer, le explicó el escandaloso suceso, y el párroco le dijo que deseaba ver al demente.

El clérigo era hombre sano de cuerpo y de alma, de hercúlea constitución y un perfil luterano, un poco adulterado por su cabello, negro como la pez e impregnado de aceite, y sus astutos ojos también eran negros. Le disgustaban los fanáticos descarriados. «¿Qué traen las sectas? —decía él—. División, confusión y disgustos.»

Emanuel llevaba casi una hora detenido cuando fue a buscarlo el jefe de los municipales y lo presentó al párroco. Aparte de Quint, el municipal, el párroco y el jefe de los municipales, no había nadie en la oficina. Emanuel estaba de pie, con los brazos caídos y el rostro impasible, ni arrogante ni temeroso. A través de su barba rojiza, se advertían en torno al labio superior y la barbilla las finas líneas de su boca, y unas arrugas sorprendentemente pronunciadas dada su juventud. Tenía los párpados inflamados, y los ojos, algo salientes y muy abiertos, parecían no observar nada de lo que ocurría a su alrededor.

En su rostro, lleno de pecas desde la frente hasta el mentón, se precisaban los sentimientos que le impulsaban.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el párroco.

Quint le miró y luego dijo su nombre con voz segura y altiva.

—¿Qué oficio tienes, hijo?

Quint tardó en contestar un instante, pero luego empezó a hablar muy despacio, separando cada frase como si entre una y otra reflexionase.

—Yo soy un instrumento. Mi oficio es convencer a mis semejantes para que hagan penitencia. Soy un obrero en la viña del Señor. Un siervo de su palabra. Soy un predicador en el desierto, un seguidor del evangelio de Jesucristo, nuestro Salvador y Señor, que subió a los cielos y volverá un día, tal como nos ha sido revelado.

—Está bien —comentó el párroco, cuyo nombre era Schimmelmann—; tu fe te honra, hijo mío, pero ya sabes que la Biblia dice: «Ganarás el pan con el sudor de tu fren-

te». Dime, pues, ¿qué oficio tienes, además de ése que dices? ¿En qué trabajas?

Krautvetter carraspeó, movió ligeramente el sable con el evidente propósito de hacer ruido, y como Emanuel no contestaba, dijo que en su aldea a Quint se le tenía por un haragán y que era una carga para su pobre madre. Añadió que ya otras veces había llamado la atención de los vecinos con incidentes como el de hoy, sólo que la gente se había acostumbrado y ya no le sorprendían sus botaratadas.

Entonces el párroco se levantó, y después de mirar durante unos segundos a Emanuel, le dijo gravemente:

—Escrito está: reza y trabaja, hijo mío. Dios ha señalado para sus criaturas distintos quehaceres con su carga y su recompensa; a cada persona le ha asignado una tarea de acuerdo con su situación y su formación. Por vocación, sirvo a Dios. Y ahora, como siervo de Dios, te digo que estás equivocado y que vas por mal camino. ¿Me comprendes? Te lo digo como quien tiene una visión más cabal que tú de los designios de Dios. ¿Debo yo, hijo mío, empuñar la garlopa y tú subir al púlpito en mi lugar? Y te pregunto: ¿qué significaría esto? Sencillamente, pisotear el orden establecido por Dios.

El párroco se volvió al jefe de los municipales y prosiguió:

—Así es, mi querido barón; nunca nos opondremos con suficiente energía a que los profanos, con su nocivo celo, suplanten a los servidores de la palabra de Dios y solivianten al pueblo. El laico es irresponsable. Todavía sigue sin saberse si los daños por ellos ocasionados superan o no los beneficios. No se deben sembrar en el alma del pueblo gérmenes que, sin la solícita mirada del jardinero, crecerán luego sin la debida proporción. Con cuánta facilidad un germen así chupa mis nobles jugos del alma para convertirse en una planta venenosa. Acuérdense de Thomas Münzer, acuérdense de los anabaptistas, y piense en cuántas ovejas descarriadas, convertidas en lobos feroces, ha habido en

todos los países, incluso en tiempos no lejanos. Piense en la leña que, amontonada aquí y allá, sólo espera una chispa para convertirse en un pavoroso incendio. Por eso se dice que no se debe jugar con fuego. ¡Por amor de Dios y de Jesucristo que no! Hay una pequeña planta, la más delicada y noble de cuantas existen, y esta pequeña planta debe ser regada y nutrida antes que ninguna otra en el alma del pueblo. Esta planta es la obediencia a la autoridad. Por eso, hijo mío, leemos en la Biblia: «Hazlo cuando por la tarde tu trabajo te deje media hora libre, hazlo cuando vuelvas de la iglesia los domingos, hazlo si no prefieres salir al campo, a la naturaleza creada por Dios». Pero no dejes de leer el pasaje que dice: «Todos deben acatar la autoridad». En las cuestiones del espíritu, yo soy tu superior; en las cosas de la tierra, lo es el señor barón que ves a mi lado, y por eso yo, como tu superior en las cosas del espíritu, te digo: quédate dentro de los límites que Dios te marcó y sé humilde. Predicar no es cosa tuya, porque para eso se requiere una cabeza preparada; no la puedes tener, pues dada tu realidad es totalmente imposible. No me parece mala persona, y por eso te aconsejo con toda la sinceridad y la bondad de mi corazón que no te descarries. No exijas un esfuerzo excesivo y estéril a las débiles fuerzas de tu flaco entendimiento; no intentes escrutar e interpretar las Escrituras, un pecado del que me parece sospechoso. Será mejor que las dejes antes de que el demonio consiga descaminarte.

Así que hubo pronunciado estas palabras con su firme acento de predicador, pareció esperar durante unos instantes la respuesta del amonestado, pero éste, que había escuchado sin demostrar el menor temor, siguió pensativo y silencioso. Entonces el jefe de los municipales, con ceño adusto, le preguntó al párroco:

—¿Qué hago con él?

El clérigo, después de expresar su inhibición con un suspiro y repetidos movimientos de cabeza, cogió al barón del

brazo y se lo llevó a otra habitación, donde le dijo que, a su entender, no convenía dar pábulo a incidentes como aquél, y acordaron dejar marchar a Emanuel después de reprenderle severamente. Los dos coincidieron en reconocer que existían muchos factores a favor del pobre iluso, quien en realidad se había dejado llevar demasiado lejos por su celo de predicar el bien.

Luego volvieron a la oficina, y el barón, reemplazando al pastor y en un tono completamente distinto, le soltó al infeliz una de aquellas despiadadas reprimendas que le habían valido la consideración de sus superiores.

—¡Ay de ti!, te lo advierto. Si eres carpintero, mete la nariz en el caldero de la cola y no robes a Dios sus días. Si se repite un escándalo como el de hoy, blasfemia tras blasfemia, te meteremos en la jaula. Y ahora vete. ¿Entendido?

Cuando Emanuel Quint salió a la calle se encontró con un grupo de ociosos que le recibieron con chacotas, sin que le impresionasen. Hinchido de un sentimiento de orgullo y satisfacción, se consideraba honrado de haber tenido que sufrir por el evangelio de Jesucristo, pues Quint, como todos los locos, tomaba su demencia por sabiduría y su debilidad por fortaleza. Con ojos brillantes, humedecidos por lágrimas de felicidad, marchó por entre la agresiva gente sin advertir que dos hombres le seguían. Eran los hermanos Scharf, jóvenes y honestos tejedores, que habían escuchado el sermón de Quint en la plaza del mercado. Pero mientras todos los que le oyeron se reían y se burlaban, ellos quedaron vivamente impresionados. En la aldea les llamaban *los beatos*, y también a ellos se les tenía por poco menos que locos, pues llevaban una vida extraña y solitaria al lado de su anciano padre, y con frecuencia se ponían a cantar y a rezar en voz alta en su mísera cabaña.

Emanuel Quint siguió su camino sin mirar atrás. Así que salió a las afueras y después de cruzar la vía del tren llegó a la carretera, los hermanos Scharf se le acercaron y le preguntaron si no era el mismo que unas horas antes, en la

plaza del mercado, había predicado la necesidad de hacer penitencia y la proximidad del reino de los cielos. Emanuel respondió que era él, y después de caminar sin decir nada durante un buen trecho a través del agreste valle, el más joven de los hermanos, Martin Scharf, comenzó a hacerle a Quint una serie de inquietantes preguntas, y luego, viéndole escrutar las oscuras y amenazadoras nubes, quiso saber qué tenía que hacer para liberarse de los horrores del día final y estar seguro de alcanzar el paraíso.

Antón Scharf, pálido y pelirrojo como su hermano, caminaba a la izquierda del loco y le miraba asustado, lo mismo que Martin. El hombre extrañamente alucinado que hizo reír a la gente ejerció, desde el momento en que escucharon su sermón, una poderosa influencia sobre los dos hermanos, unidos a él en pobreza y en penuria espiritual, y Quint, casi sin darse cuenta, los había acogido en su corazón y ligado a su ser con los lazos del amor.

Mientras avanzaba entre ellos, poseído de su misión divina y sintiéndose triunfador en su primera intervención, escuchaba como arrobado las palabras y las preguntas que le hacían, convencido de que no podía ser de otro modo. Cada vez que siguiendo el mandato divino lanzase el anzuelo, tenían que picar los peces, y así, volviéndose a las dos almas sedientas de la palabra de Dios, les dijo con amorosa voz:

—Velad.

Luego, mientras iban monte arriba, Martin Scharf, después de algunos titubeos, le hizo una petición; en el rudo dialecto de la comarca y sirviéndose del tú como todos los pueblerinos, le rogó que fuera con ellos y viese si le era posible curar a su anciano padre, que llevaba días en cama con fiebre. Emanuel les dijo que aquello estaba en las manos de Dios, pero cuando llegaron al punto donde se separaban sus caminos, aunque su respuesta era como una negativa, siguió a los dos hermanos, porque sus miradas y sus ruegos le infundían una extraña confianza y porque su al-

ma, casi contra su propia voluntad, avanzaba hacia la apotheosis del milagro.

Mientras se acercaban a la cabaña de los hermanos por un camino pedregoso, Emanuel rezaba interiormente. Después de su primera prueba, se vio frente a otra, todavía más dura. Había seguido la llamada del Salvador, había dado testimonio del evangelio, pero ahora tenía que recibir la confirmación de que efectivamente había sido elegido como sucesor de Jesús, devolviendo la salud a los enfermos y la vida a los muertos.

No puede decirse que el pobre loco se hubiera propuesto hacer una cosa así llevado de la soberbia, pues era todo humildad. Y así, a las plegarias que salían de su alma enfervorizada y en las que pedía al Salvador que le santificara, añadía siempre estas palabras: «Que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Por eso, sin conciencia de que incurría en pecado, movido íntimamente por una poderosa fe, se acercó al lecho que debía descubrirle en qué medida había alcanzado la misericordia divina y hasta qué punto se había acercado a su Señor y Maestro. En su delirio, no pensó ya en las palabras del pastor ni en las amenazas del jefe de los municipales. Durante semanas y meses, incluso años, había estudiado devotamente las Sagradas Escrituras, y por desdicha estaba inmunizado contra los males de este mundo; por ello no era fácil intimidarle con armas que procedieran de prejuicios terrenales.

El viejo Scharf, tendido sobre la paja de su mísero lecho, empezó a gemir así que entraron sus hijos. Abriendo con dificultad los ojos, llorosos y enrojecidos, y la desdentada boca, y sin saber, según pareció, quién se le acercaba, tendió al aire las manos secas y rígidas entre gemidos, llantos y estertores.

Antón Scharf, el más joven de los hermanos, se acercó a su padre, y después de hablarle durante un rato con voz excitada, pareció como si los dolores del anciano aumentasen; de su pecho, que respiraba penosamente, salieron dé-

biles y lastimeros quejidos. Entonces, se le acercó también Emanuel, pero al verlo, el viejo Scharf prorrumpió en gritos de horror y, mirando al loco como petrificado, exclamó:

—¡Ayúdame, Señor Jesucristo!

Parecía como si el anciano estuviera viendo al demonio. Y tanto empeño pusieron los dos hermanos en liberar a su padre de aquel miedo, que temblando todavía se echó hacia atrás, hasta que el miedo se trocó en espanto, el espanto en cólera, y luego, como quien trata de ahuyentar una aparición, hizo ademán de golpear a Emanuel, quien, no obstante, sólo miraba adentro de sí mismo. Entonces levantó la mano, y como el viejo, después de su acceso, enmudeciera y pareciera mirarle fijamente, Quint le puso suavemente la mano sobre la frente surcada de arrugas, y en el mismo instante el viejo se quedó dormido.

Ante este hecho, no más sorprendente que cualquier otro, los hermanos Scharf se quedaron atónitos. Ellos, que poseídos de una ingenua superstición habían pedido al joven forastero que acudiera al lecho de su anciano padre, se quedaron maravillados en su candidez ante el aparente milagro. El viejo dormía tranquilo, cuando desde hacía semanas no había conseguido conciliar el sueño y había pasado los días entre sollozos y quejidos y las noches entre gritos y estertores. A medida que los hermanos reparaban en el sorprendente cambio, que tanto a ellos como al anciano los liberaba de una terrible angustia, más vivo era su impulso de besar las manos de quien había traído remedio a sus penas y que ahora les parecía un mensajero de Dios.

También Quint, impresionado por el milagro, aún más que los dos hermanos, sólo a duras penas conseguía dominar su excitación. Interiormente su agitación era intensa porque su beatitud rozaba los límites del dolor físico, y mientras creía oír a su lado y dentro de sí mismo el eco del Espíritu Santo, seguía de pie y en silencio junto al lecho del enfermo, inmóvil, la cabeza hacia atrás y los ojos fijos en el

techo, como si fuera el cielo, mientras una enorme lágrima se le detenía en la mejilla.

Aquella noche, los hermanos Scharf no consintieron que Quint se fuera. Como el día antes habían llevado sus tejidos al comerciante, adquirieron un poco de centeno tostado y de pan, y podían encender fuego para atender a Quint. Al cabo de un rato, durante el cual el anciano siguió durmiendo plácidamente, en cuanto Martin Scharf puso sobre la mesa la frugal comida a base de patatas, pan y una sopa de maíz, los tres se inclinaron en actitud de rezo y Martin pronunció el «Ven, Señor, y comparte nuestra mesa». Luego, mientras comían, los tres tuvieron el convencimiento de que el Salvador estaba realmente allí, y emocionados hasta lo más profundo de su ser, aunque sentados a una mísera y vieja mesa, les parecía hallarse en una gran fiesta, atendidos como si estuvieran sentados a la mesa del Señor.

Atados desde su niñez a la tabla del telar, pedaleando continuamente como quien bracea en el agua para salvarse, los dos hermanos veían la tierra como un valle de lágrimas, aun cuando no se la hubieran descrito así en la escuela y en la iglesia. Y a causa de las penalidades y privaciones, acogieron la buena nueva del Evangelio con el ansia del que se está ahogando y se aferra a su salvador.

El tejedor, acostumbrado únicamente al trato con personas conocidas, en su mayoría miembros de la propia familia, y por ello fácilmente hostil al trato con extraños, angustiado siempre debido a su humilde profesión, en la que el hambre y las preocupaciones son la sola fuente de inspiración, sin olvidar la añoranza de todo lo que hay afuera..., añoranza de sol, de luz, de cielo azul; el tejedor, refugiado en sí mismo, se desquita de su miseria soñando, y acostumbrado a una vida orientada hacia dentro, se vuelca sobre un libro como acude a la fuente de la que mana agua, y sacia en él la sed de su espíritu, y la Biblia se convierte en su úni-

co libro, y el mundo bíblico acaba por llenar su alma más que el mundo real.

Precisamente por eso a Emanuel Quint le parecieron aquellos dos hombres como salidos directamente de la Biblia. Ya en el mercado de Reichenbach, aunque advertidos de que se guardaran de falsos profetas, los dos habían quedado subyugados por Emanuel. No hay loco que no haga nuevos locos. Crédulos y firmemente convencidos de que su penuria era demasiado grande para que no terminase pronto, esperaban con el corazón inquieto que se cumplieran las promesas del cielo mientras aguardaban el pan que habría de calmar su hambre corporal. En su ingenuidad habían creído, y Dios sabe cuántas veces, que el pavoroso fin del mundo estaba ya cerca y que se aproximaba el hundimiento de todo lo existente. En invierno y en verano acudían a sus conventículos, donde permanecían horas enteras, y mientras dirigían una *última* mirada a su miserable cabaña, *pensaban que* quizá fuese aquélla la despedida, pues cada vez que se reunían, rezando, cantando y leyendo la Biblia con otros devotos de su misma especie, se apoderaba de ellos el convencimiento de que la hora final estaba muy cerca. Entonces les parecía que quizá sólo mediaran escasos minutos entre el momento presente y el último instante. Y con frecuencia, durante el sosegado rezo, cuando afuera reinaba la noche y en la habitación donde se congregaba la pequeña comunidad había un silencio sepulcral, los hermanos se ponían pálidos de repente, y mientras se miraban, asustados y dichosos a un tiempo, oían los primeros sonos de las trompetas del Juicio Final.

Después de haber permanecido sentados, y en la extraña excitación en que se encontraban los tres, luego de hablar un poco, se levantó el más joven de los Scharf para retirar los restos de la comida, ayudándole su hermano. Seguidamente cogió las Sagradas Escrituras que guardaba en una viga del techo, y mientras las abría sobre la mesa ante los ojos de Emanuel, miró al nuevo apóstol con expresión

suplicante, y aún no había éste puesto su mano sobre el preciado libro cuando a los hermanos les pareció como si los ojos del loco comenzaran a brillar con resplandor sobrenatural y emanara un fuego celestial que inundaba rápidamente su cuerpo, pero lo que ocurría era que el extraño apóstol recobraba una mayor seguridad, y, pese a su arrojamamiento, en aquellos momentos sentía que pisaba seguro, con lo que de nuevo llegaba al fundamento de la divina sabiduría, en la que estaba cimentado su error, que él tenía por verdad.

Entonces comenzó a leer, o, mejor dicho, mirando las Escrituras muy por encima, dijo con voz pausada y devota:

—Bienaventurados vosotros, porque vuestro es el reino de los cielos. Bienaventurados los que aquí padecéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que aquí lloráis, porque seréis consolados; vosotros reiréis un día. El espíritu del Señor está en mí. Él me ha enviado, como ha enviado a otros muchos. Aquí estoy; anuncio el evangelio. Vengo con el corazón herido a sanar. Los presos serán libres; los abatidos, salvos; los ciegos verán.

»Miradme —prosiguió, y en el mismo instante pareció como si en sus facciones decrepitas y acongojadas se dibujara la angustia de un oculto y amargo dolor—, vosotros me diréis: “Médico, cúrate a ti mismo”. Si vosotros me conocierais como mi Padre me conocía, lo que demostró con su testimonio, sabríais que soy un repudiado de los hombres. Yo he sido despreciado desde mi juventud. De niño sufrí de úlceras. Estuve postrado en la paja del lecho de enfermo más tiempo del que os parecerá posible. Pero la ignominia no me ha envilecido; la enfermedad ha dejado mi alma viva. Y descubrí que estaba escrito esto: “Bienaventurados aquellos a quienes los hombres odian, repudian e injurian y cuyo nombre desprecian”. Ellos me llaman loco. ¿Y qué? También se apartaron del Salvador y le pusieron todos los nombres. He aquí el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo. Tampoco él tuvo ni figura ni belleza, pero le to-

maron por aquel que fue herido y martirizado por Dios. Si vosotros me decís: "Médico, cúrate a ti mismo", yo os digo que no estoy dispuesto a desprenderme sino ante Dios de la vestidura de la ignominia y de la enfermedad del mundo. Sufrir es una dicha. Yo bendigo al Padre por cada sufrimiento que me regala, por cada tormento con que me obsequia. La sangre de Cristo y la justicia son mi blasón y mi vestido de gala. No quiero quitarme el vestido de la terrena tribulación antes de que se lo haya quitado el último hermano de los hombres, que también lo es mío. ¿Sabéis quién es el último, el más pobre y miserable entre los hombres? ¿El más enfermo entre los que suplican salud? ¿El más torturado entre los que padecen sed? ¿Aquél a quien el hambre más cruelmente atormenta? ¿El que más amargamente padece tribulaciones? ¿Sí? ¿Sabéis vosotros quién es? ¡Él! ¡Jesús de Nazaret!

Cuando Emanuel llegó a este punto de su sermón, algunos mozalbetes que al pasar por delante de la cabaña vieron luz dentro y a los pobres ilusos reunidos, se pegaron a una de las ventanas, la nariz y la boca aplastadas, pareciendo ridículas máscaras, y empezaron a gritar y a amenazar. Los hermanos se miraron palideciendo, pero Antón, a quien pronto se le subía la sangre a la cabeza, a pesar de estar embebido en la oración, se levantó de un salto, dispuesto a castigar a los perturbadores de su paz.

Con mansedumbre, acaso con complacencia, Quint miró al hombre que a duras penas conseguía dominarse.

—Bienaventurados los mansos —le dijo mientras le tendía la mano, y cuando Antón le alargó la suya, se la apretó al tiempo que añadía—: Y tú también, que la virilidad y el valor son dados por Dios. Sírvete de ellos, sirve al evangelio. Los servidores de la palabra de Dios deben ser hombres, pero pon tu fuerza al servicio de la humildad, tu valor al servicio de la paciencia, y transforma tu celo en amor a Dios. Entonces serás una roca como Pedro.